

do vd. ya posesion de esta casa, que es de vd. desde este instante.

—Mil gracias. Adios.

—Adios.

D. Antonio dirigió una tierna mirada á la hermosa Pilar, que correspondió con otra dulce, grata, irresistible, apasionada: D. Andrés le acompañó hasta la puerta, y mientras la interesante jóven, olvidando sus pasadas penas, se entregaba al placer que vierte en el alma la esperanza de una dicha próxima, su amante marchaba atormentado por un presentimiento funesto que no podía arrancar de su pecho.

Las amenazas de Rossi con respecto á la mujer que amaba, le hicieron temblar. Pensó dirijirse por segunda vez á su casa para desafiarle: pero persuadido de que le volveria á suceder lo que la noche anterior, desechó aquella idea como infructuosa, y se entregó á otras nuevas que se agolpaban á su exaltada imaginacion.

—¡Ah! . . . —dijo D. Andrés trasportado de placer y conmovido por el noble rasgo del jóven que acababa de salir:—el cielo

vela por nosotros, hija mia: Dios que con una mano despoja al hombre de las riquezas que en su orgullo creyó eternas, para hacerle ver cuán pasajeros son los bienes de la tierra, le presenta con la otra nuevos dones que son tanto mas estimados cuanto son mas conocidas nuestras necesidades y nuestra miseria.

—¡Está vd. ya contento, padre mio?

—Sí, lo estoy por tí; por tí, hija mia, á quien deseo hacer menos sensible la amarga suerte que nos ha hecho descender de la brillante posicion que ocupábamos; por tí que no te separas de mi lado, mientras que tu ingrato hermano me deja todas las noches en continua agonía.

—No le acuse vd., padre mio. Cárlos ama á vd. como nunca hijo alguno amó á su padre; con todo el cariño de un corazon que, como el suyo, atesora todas las virtudes.

—¡Ah! . . . si no lo creyese así, moriria, hija mia:—exclamó D. Andrés conmovido.

—Pero ¿por qué huye de nosotros todas las noches? ¿Por qué esa reserva conmigo, sin confiarme el secreto que le obliga á partir

sin hacer caso de mis súplicas?... ¿A dónde va?... ¿Cree, acaso, que yo me opondría á nada que fuese racional y justo?... No, no quiero dudar de su cariño, porque vuestro cariño es mi vida, el consuelo de mi vejez; pero su extraña conducta me hace mal, me asusta, me tiene en constante sobresalto.

—¿Por qué, padre mio?

—Hace algun tiempo que vienen á buscarle algunos amigos con quienes se encierran en su cuarto largas horas: ¿qué hacen allí?... ¿de qué tratan?... lo ignoro: todas son personas desconocidas para mí, en cuyos semblantes leo no sé qué de siniestro y de....

D. Andrés movió la cabeza á derecha é izquierda en señal de desaprobacion.

—¿Cómo!... ¿cree vd. que sean amistades indignas de su aprecio?

—No lo sé, hija mia; no avanzaré mi opinion hasta el grado de considerarlas perversas; pero esas continuas salidas de tu hermano, desde antes del saqueo, su reserva para conmigo, que tanto le quiero; las

precauciones que toma para que nadie penetre en su cuarto cuando á verle vienen sus amigos; su continuo afan, y esa tristeza reflexiva que noto siempre en su semblante, antes tan sereno y jovial; todo esto, repito, me hace preveer terribles y funestas consecuencias.

—¿Y si no reconociesen sus salidas otro objeto que el del amor?

—¡Ah!... ¡cuánto celebraría que así fuera! Pero no: el amor no echa mano ni de los amigos, ni de los misterios: el semblante del que ama no está velado por esa sombra aterradora que de continuo se retrata en las facciones de tu hermano.

—Entonces....

—Todo me hace creer que Cárlos conspira hoy contra el gobierno; y esta idea me asusta, me hiela la sangre, porque la menor imprudencia labraria su ruina y la nuestra.

—Pero si realmente conspira, estoy segura de que no será por satisfacer bastardas ambiciones propias, sino por proporcionar á vd. el bien de que no le expulsen del país; de que alcance vd. el anhelado

placer de permanecer en el suelo donde hasta hace pocos días fuimos tan felices.

—No, Pilar: yo no deseo ya mas que verme á vuestro lado, pasando el último tercio de mi vida gozando de vuestras caricias, únicos bienes que me quedan sobre la tierra. Cien ojos vigilan, siguen los pasos, espían los movimientos de todo aquel á quien la opinion designa como contrario al credo político del gobierno; ¿y á quién le son desconocidas las tendencias políticas de tu hermano? ¿Crees tú que Rossi, ese hombre funesto que ha proyectado nuestra ruina, no esté pendiente de las acciones de Carlos?... ¡Ah!.... estoy persuadido de que si algo intenta, su pensamiento está ya descubierto por el vengativo sardo que, semejante al Proteo de la fábula, toma todas las formas para merecer la confianza de todos los partidos, y sorprender los secretos de los descontentos.

—Me hace vd. temblar, padre mio.

—Dios nos libre de que mis sospechas sean ciertas, porque entonces tendríamos que agregar una desgracia mas al catálogo

de nuestras presentes desventuras. Pero ¿nada te ha confiado á tí, hija mia?

—Nada.

Contestó Pilar titubeando.

—Dime la verdad: entre hermanos suele haber confianzas que no se tienen con los padres, y pudiera muy bien haberte confiado sus proyectos, si es que algo intenta.

—Le repito á vd. que nunca se han abierto sus labios sino para formular palabras de cariño y de amor hácia vd.

—¡Ojalá que mis recelos no reconozca otro origen que el vago fantasma de un temor pueril!.... Pero es preciso que tú, para tranquilizarme, le preguntes, indagues, descubras la verdad, y que me la digas tan pronto como á tus oídos llegue.

—Le prometo hacerlo así, padre mio.

—Aquí llega: ¿no le ves cuán preocupado sale de su gabinete? ¡Ah!.... indaga, hija mia, arráncale el secreto, en tanto que yo entro á mi cuarto á escribir algunas cartas á mis deudores.

Y efectivamente, Carlos entró á la sala distraído y como dominado de alguna idea

importante. Sin reparar en su hermana, se dirigió lentamente hacia la puerta vidriera del balcón, detrás de la cual se colocó mirando hacia el campo, pero siempre en ademán reflexivo.

Pilar le contemplaba en silencio, y espía los más leves movimientos de su fisonomía.

Cárlos era el vivo retrato de su simpática hermana: sus cabellos rubios y rizados, daban á su agradable, varonil y blanco rostro, una expresión interesante y dulce, que revelaba la rectitud de sentimientos de una alma noble y generosa: sus ojos azules y rasgados, indicaban la inagotable benevolencia de un corazón franco y dócil; pero cuando el alma, exaltada por algún alarmante pensamiento abandonaba el estado normal que revestía su semblante de cierta gracia femenina, entonces dominaba su vista el rayo de la inteligencia, de la osadía, ó de la indignación: sus encendidos y delgados labios se ponían blancos como el papel: su nariz perfecta y proporcionada, anchaba sus caños para absorber con más fuerza el

aire que respiraba: plegábase su entrecejo; y el blanco mate de su despejada y espaciosa frente, encendiase con la sangre que se elevaba del corazón, hinchando terriblemente la vena coronal que baja perpendicularmente del nacimiento del pelo á la nariz.

Cárlos vestía una levita negra y airosa, perfectamente hecha: un pantalón claro, de agradable hechura, caía graciosamente sobre una lustrada bota que ajustaba un pie de agradable forma y de elevado empeine: su cuerpo era gallardo y suelto, y en sus elegantes y naturales movimientos se descubría al joven mexicano de esmerada educación.

Pilar permaneció por un instante observando á su querido hermano; pero viéndole ensimismado en sus pensamientos y sin dar muestras de salir de su profundo éxtasis, se levantó de la silla que ocupaba: Cárlos volvió entonces la cabeza, y preguntó maquinalmente.

—¿Estabas ahí, Pilar?

La hermosa jóven corrió á donde estaba Cárlos.

—¿Qué tienes, hermano mio?—dijo Pilar acercándose con cariñoso interes á su hermano.—¿Por qué ha sucedido de repente á la conformidad que manifestaste el dia de nuestra ruina, la marcada tristeza que anubla tu semblante? ¿Te preocupa alguna idea funesta?

Las palabras de Pilar fueron á sacar de su éxtasis al pensativo jóven que, ensimismado en sus pensamientos, parecia olvidarse del mundo entero; pasó la mano por su despejada frente como para llamar en su auxilio alguna idea; introdujo sus dedos por entre el blondo cabello dándole distraidamente variadas y graciosas formas; fijó sus azules ojos en el simpático rostro de su querida hermana; y animando sus labios con esa melancólica sonrisa que vaga fria por el macilento semblante de todo desgraciado que trata de ocultar á los ojos del mundo egoista sus pesares, contestó con aire distraido.

—¿Decias que estoy triste?... No, her

mana mia, ¿qué motivos pueden existir para ello cuando me encuentro al lado tuyo y de mi padre, que sois todo mi amor?

—¿Y sin embargo te alejas de nosotros todas las noches!—advirtió Pilar.—Si supieras la inquietud en que vive, alarmado por tus misteriosas salidas!...

Cárlos palideció.

—¿Ah!... sí; mi conducta debe parecerle odiosa:—exclamó el jóven con marcada tristeza—indigna de un hijo agradecido que debe á su padre una educación esmerada... ¡Pobre padre mio!

Y los ojos de Cárlos se velaron con la sombra de la mas profunda tristeza.

—¿Y sin embargo—continuó con conmovido acento—nunca he tenido tanto empeño como ahora en mitigar sus penas, en hacerle menos amarga su desgracia.

—¿Ah!... si ese es en efecto tu anhelo, fácilmente puedes volver á su alma la dulce tranquilidad.

—¿De qué manera?

Pilar cogió entre sus manos la de su cariñoso hermano; y le dijo con la ternura de

una alma virgen que pretende con su dulzura alcanzar un bien supremo.

—Suspendiendo tus nocturnas salidas.

El semblante de Cárlos sufrió un cambio repentino.

—Sí—continuó Pilar, sin advertir la mutacion operada en el semblante de su hermano—de esa manera conseguirás, tú, tan bueno, derramar en el desgarrado corazon de nuestro anciano padre, el consuelo que le niegas con esas continuas ausencias que le matan. ¿Me prometes permanecer desde esta noche con nosotros?.... ¿Puedo anunciar tan grata nueva al sér que nos ha dado la vida, y que no tiene sobre la tierra otros bienes que el cariño de sus hijos?....

—Exige de mí cuanto quieras, Pilar, menos eso.

Contestó Cárlos haciendo un violento esfuerzo para negar una cosa que su noble corazon hubiera querido conceder.

—¿Y por qué no lo que te pido?...—exclamó con acento suplicatorio la hermosa jóven, estrechando mas y mas la mano de su querido hermano.—¿Puede haber al-

go en el mundo que se sobreponga en tí al deseo de ver contento á nuestro anciano padre?

—Nada.

—¿O es que ya en tu corazon no ocupa tu pobre hermana el distinguido lugar que ella te consagra en el suyo?

Cárlos fijó sus azules ojos en la hermosa Pilar, enviándole una de esas indefinibles miradas en que esprime el alma toda su ternura, toda su gratitud, su inagotable amor; enlazó con su amoroso brazo su flexible y estrecha cintura; la atrajo dulcemente contra su pecho, y por toda respuesta imprimió en su tersa y serena frente, uno de esos besos que entrañan una historia de profundas amarguras y de intenso amor, que solo la comprenden los séres dotados de una exquisita sensibilidad.

—¡Ah!—¿Es decir que vas á complacer nos, á no separarte de noche de nuestro lado?

Y el rostro de la jóven brilló con la inefable luz de la alegría mas intensa.

—No; yo no puedo prometer, lo que no estoy dispuesto á cumplir.

Pilar se estremeció con aquella inesperada respuesta que le robaba una esperanza: dejó escapar la mano de Cárlos que hasta entonces habia estrechado en las suyas, y quedó tristemente abatida.

—¡Pilar! por Dios, no me acuses:—exclamó Cárlos, conmovido por la actitud de su hermana:—mis salidas reconocen una causa justa; el bien, la felicidad de nuestro anciano padre, y el risueño porvenir, la realizacion de tus dorados sueños de ventura. Querer, pues, que renuncie á esas salidas que os inquietan, es pretender de mí su ruina y la tuya. Pilar, nada me preguntes sobre este misterio que aún no me es permitido revelar: cuando se queje nuestro amado padre de mi enigmático proceder, defiéndeme y procura consolarle: dile que nunca le he amado tanto como ahora que se queja de mí.... como ahora que tú dudas de mi cariño.

—No, Cárlos, no dudo ni nunca he dudado de tu amor: siempre has sido para mí el

mas bueno, el mas generoso de los hermanos.

Exclamó Pilar enternecida y estrechando la mano de su hermano.

—Y lo soy sin duda; y mucho mas te quiero ahora, hermana mía, en que mas que nunca necesitas de mí.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Quiero decirte, hermosa Pilar—contestó Cárlos con el acento mas tierno—que no ignoro los íntimos sentimientos de tu sensitivo corazón: que amas, y que necesitas de mí para que ese amor, que es el bello ideal de tu existencia, no encuentre en premio á la dulce esperanza que atesora, un inagotable raudal de lágrimas brotadas de la fuente del dolor.

Pilar quedó sorprendida con aquellas palabras, y su mano tembló entre las de su hermano que, al notar aquel estremecimiento, continuó diciendo:

—Pero no temas: hace tiempo que he leído, á pesar tuyo, en tus facciones y en tus ojos, la historia de tu alma; esa historia que se imprime con caracteres indelebles en el

fondo del corazón y que solo se borra con la muerte.

—¿Y conoces?....

—¿Al objeto que te ha inspirado esa pasión íntima?... Sí; le conozco, y apláudo tu elección.

—¿Será posible?

—No le trató: pero no hay uno solo en toda la ciudad que no ensalce sus preclaras virtudes, y éstas son el mejor garante de tu futura felicidad.

—¿Y yo que temía revelarte mi secreto!....

—Pero él tiene un rival temible; un rival que se opondrá á sus proyectos; un rival que se vengará de él, como se ha vengado de nosotros, si no hay quien tome á su cargo la causa de la justicia.

—¿Hablas de Rossi?

—Sí, Pilar; hablo de ese maldecido italiano abortado del averno para labrar nuestra desgracia.

—¡Ah!.... su solo nombre me horroriza!

—Pero yo seré tu escudo, hermana mía: en mi energía y en mi actividad se embota-

ran los filos de su torpe zaña. Mis nocturnas salidas no reconocen otro origen que el de hacer estériles sus proyectos de exterminio, para verte feliz al lado del hombre que amas, y hacer dichosa la existencia de nuestro anciano padre.

—¿Cuán bueno eres, Cárlos!

Exclamó Pilar henchida de gratitud y de reconocimiento.

—Silencio que él sale de su cuarto: adios; la hora ha llegado, y no me puedo detener un instante.

Cárlos abrazó á su agradecida hermana, y salió á la calle en el momento que D. Andrés entraba en la sala.